

Almas del Camino

Seguramente a Honorino Ruiz, zapatero en Belorado; Alfredo Álvarez, hospitalero en Molinaseca; y a Sor María Inmaculada Redondo, abadesa del monasterio de las Clarisas en Carrión de los Condes, entre otros muchos, nadie les ha hecho saber que una de esas reglas no escritas y transmitida de generación en generación entre los ribereños del Camino, también a su paso por Castilla y León, es la atención y el respeto a los peregrinos. Sin embargo la aplican con si fuera el más importante de los mandaderos.

Cuando he conocido a este ramillete de personajes variopintos, que apostaron por hacer más llevadero el día a día de los jacobitas, no se me ocurrió mejor sobrenombre común que el de "Almas del Camino", porque en la labor de todos ellos se sustenta buena parte del halo de encantamiento que envuelve a esta ruta. Si bien el arte, la historia, los pueblos, la gastronomía, también conforman la impronta del Camino, éste no sobreviviría si no existieran tan singulares y anónimos personajes que, con la levedad de los seres dotados de un don, ayudan por unos instantes al caminante.

Mi pretensión no ha sido otra que sacar del anonimato a un pequeño grupo, representativo de esas cientos de personas que, a diario, dedican su vida hacer más cómodo el tránsito de los peregrinos a cambio de un abrazo, una sonrisa, una confidencia o la simple promesa de tenerlo presente cuando se encuentre, al final del trayecto, ante la imagen del Santo en la Catedral de Santiago.

He buscado y me he centrado en la mirada y en su entorno. He intentado que el acto de fotografiar les pasase desapercibido a cada uno de los retratados. Tampoco he utilizado ningún recurso conocido del Camino para decorar los retratos. El fin no era otro que mostrar al personaje tal como es.

Tampoco quise desaprovechar los minutos de conversación con cada uno de estos ribereños, porque otra de las singularidades de este Camino es la facilidad con la que se entablan conversaciones. No conocía a casi ninguno de ellos, era la primera vez que nos veíamos, pero hablaban como si tuvieran ante ellos a un viejo amigo. El video recoge anhelos y confesiones, reflexiones en voz alta. Como en las fotografías he mantenido al personaje en su entorno, sin utilizar recursos que pudieran afectar al discurso.

Todas las personas que he fotografiado están entregadas en cuerpo y alma al Camino de Santiago, han sucumbido a los encantos de esta ruta milenaria. Todos ellos reflejan a la perfección los diferentes caracteres de las personas, pero sobre todo son fiel reflejo de la vida.

Como la historia de Marta Rey, hospitalera en Foncebadón, a las puertas del Bierzo. Conoció a su pareja cuando hacía el Camino de Santiago. Se enamoraron en el Camino. En el Camino nació su hija Valentina, y en el Camino han fraguado un sueño, crear el primer albergue cooperativo. Un buen ejemplo de cómo la impronta del camino invade a los peregrinos y, algunos, no pueden dejar la senda, porque de forma indeleble les ha marcado para toda la vida.

Cuando decides cruzar la barrera del Camino y entras en esta ruta, en seguida te desnudas de apellidos y en ese momento eres un nombre más entre los peregrinos que van, paso a paso, haciendo el camino.

Lo primero que te cambia es el carácter. Entras en una especie de dinámica del Bien. Luego comienzas a tener conciencia del Yo como persona dentro de un cosmos infinito. Con el devenir de los días, se ilumina un lado espiritual irracional, que seguramente nunca habías alcanzado. Toda estas peripecias son ése 'tiene algo' que las personas que han peregrinado a Santiago comentan del Camino.

¿Por qué ocurre? Estoy convencido que no es otra cosa que la parte mágica de esta ruta estrellada de la que hablaba el apóstol Santiago a Carlomagno.

Eduardo Margareto
Peregrino